

Discurso del Señor Decano de la Facultad de Historia y Letras, Escribano Juan Carlos Lucero Schmidt, en la Escuela Superior de Guerra

Señoras y Señores:

Por expreso mandato del Rector de la Universidad del Salvador, en nombre de ésta, de sus autoridades y docentes, cumpla la honrosa obligación de asistir a este Acto Académico conjunto.

La Universidad que aquí represento, se siente distinguida al participar junto a la Escuela Superior de Guerra a través de su Instituto de Historia Militar Argentina, y quiere exteriorizar su agradecimiento a las autoridades de la misma, y a todos Uds. que honran el acto con su presencia.

La comunidad de estudios nos une en la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, y en la compartida esperanza de una nueva evangelización de nuestro continente, a lo cual nos convoca el doble mandato de S.S. el Papa Juan Pablo II.

Traigo en esto, el convencimiento de que debemos responder al desafío; soy portador de una opinión muy firme de que el llamado del Santo Padre debe ser obedecido con sinceridad y entusiasmo.

Estoy seguro de que todos Uds. comparten este convencimiento; estoy seguro de que por igual consideramos a las adversidades presentes sólo dominadoras del cuerpo, no del alma de las sociedades.

Nuestra vocación apostólica, por ese motivo, debe disponerse a hacer frente a los esfuerzos y a los peligros; porque las condiciones materiales que nos afectan han sobrevenido por muy diversas causas a lo largo de los años, pero si desoímos el llamado a una nueva evangelización, seremos nosotros mismos los culpables de lo que resulte; que nada nos conduzca a esa humillante situación.

La Universidad del Salvador ha emprendido sus actividades conmemorativas del V Centenario con especial devoción, porque la mueven a ello tanto su convicción de ser Universidad Católica, como los tres principios rectores fijados en su carta magna.

Esos principios son: la lucha contra el ateísmo, el avance mediante el retorno a las fuentes, y el universalismo a través de las diferencias.

El ateísmo moderno es una realidad de especial significación para una Universidad Católica; se trata de las consecuencias que acarrea la ausencia del sentido trascendental (religioso) de la vida en la comprensión de los fenómenos históricos y sociales. Por eso, la crisis del ateísmo moderno reside en su incapacidad para juzgar globalmente las grandes aventuras del hombre contemporáneo. ¿Qué más sólido antecedente, entonces, para el renacimiento religioso capaz de desplazar al ateísmo, que la labor evangelizadora iniciada en el siglo XV, como más justo título de la colonización americana?

El avance mediante el retorno a las fuentes -segundo de los principios anunciados-, propende por igual a la afirmación de nuestra esencia, de nuestra identidad; es un proceso de vuelta a los orígenes, lo que excluye la imitación servil de modelos extranjerizantes, y permite vislumbrar nuestro futuro avance como sociedades a través de las fuentes hispanoamericanas, que nos vinculan a la antigüedad clásica greco-latina y cristiana.

En fin, el universalismo a través de las diferencias es un principio rector de nuestra acción, ya que ésta si bien es universal -una es la verdad de Cristo-, comprende y respeta no obstante las diferencias históricas y culturales de los pueblos. No les niega el derecho a ser ellos mismos; por el contrario, les brinda los elementos que les permiten el desarrollo de su identidad y pertenencia. Se contrapone, por tanto, al internacionalismo, al cosmopolitismo, al desarraigo cultural.

He querido referirme a estos tres principios constitutivos, porque cada uno de ellos está íntimamente ligado a la empresa fundadora de Hispanoamérica, y porque son ellos los que mejor iluminan el aporte de la Universidad del Salvador al V Centenario.

Ese aporte debe estar inspirado en el sentido de lo clásico, y en relación a ello, voy aquí a citar las palabras de un Padre muy querido por nosotros:

"Los hitos clásicos no tienen solamente relación con el pasado, en cuanto hicieron síntesis, sino que tienen también relación con el futuro: el recurso de estas grandes síntesis del pueblo fiel de Dios y de la Historia de los pueblos es inspirador de nuestro andar, en las decisiones a tomar, en los desafíos a responder.

Esto es recurso a lo "clásico", bien distinto del recurso fácil a lo "tradicional", al tradicionalismo vacío que sólo cuida mantener la paz... pero la de los sepulcros.

Al hablar de "clásico" nos referimos a aquellos momentos fuertes de la experiencia y reflexión religiosa y cultural, que hacen historia porque de algún modo tocan hitos irreversibles en la marcha de un pueblo, de la Iglesia, de un cristiano. Se trata de tener ante la vista el núcleo fundamental que nos constituye y nos identifica para poder dar sin desviarnos de nuestra identidad y sin renegar de nuestra pertenencia, los pasos que nos exigen situaciones históricas concretas y actuales, imprevistas entonces.

En los "clásicos" nos inspiramos para llevar adelante dos actitudes institucionales aparentemente antinómicas, pero que dicen a nuestra manera de ser: *Memoria del pasado y arrojo para abrir nuevos espacios a Dios.*"

Hasta aquí han quedado expuestos los antecedentes que tienen relevancia para que su consideración permita realizar un aporte a la nueva tarea evangelizadora.

Las razones que justifican la misión que incumbe en esto a los hombres de armas, pueden resumirse a tres cosas: primero, la vigilia debe mantenerse aunque no haya estado de guerra; en segundo lugar, la defensa resulta amenazada no sólo por agresiones militares o ideológicas; por último, el más sólido sustento de un ejército son la fe y virtudes del soldado cristiano; razones todas éstas que concurren a demostrar, en la materia especial que nos ocupa, la necesidad e importancia del compromiso evangelizador que sea asumido.

En lo que se refiere a la vigilia, está de tal modo consustanciada con la tradición militar que sería sobreabundante recordarla, si la experiencia de la historia no nos enseñara cuántas veces por demasiado sabido resultó olvidado.

Es que los peligros visibles redoblan los centinelas con el temor, pero cuando no se tiene la amenaza ante los ojos, se juzga uno libre de ella, deja de velar, y se entrega al descanso.

Por eso mismo, las naciones confiadas alimentan la codicia de sus enemigos, y atraen sobre sí la guerra, faltando aquellos diques que hubieran detenido la inundación.

Si en las treguas no se ejercitan las fuerzas, ni se las apresta con las artes de la guerra, no se podrá hacerlo luego, cuando el peligro de la invasión convierta en vacilantes los ánimos de muchos, que estarán más ocupados en el resguardo de sus bienes y la fuga de sus personas.

No hay mejor maniobra ardidosa que dejar a una República en poder del ocio, del descuido, y de la soberbia que desprecia la capacidad de sus contrarios.

En este tiempo, nuestras naciones hispanoamericanas corren el riesgo cierto de que les suceda algo semejante, adormecidas por la sola búsqueda de una prosperidad, despojada de espíritu, puramente material, que por lo mismo se les niega y se les hace inalcanzable.

Es cierto que el discurso engañoso de este materialismo tiene disponible para sus argumentos, los recursos y prodigios de la comunicación actual; pero no es menos cierto que nuestra defensa puede valerse de la mejor fortificación: la de las Sagradas Escrituras. Aprendamos de la sabiduría del *Eclesiástico* que "el enemigo tiene miel en los labios; más en su corazón está tramando cómo dar contigo en la fosa. Derrama lágrimas de sus ojos el enemigo; pero si halla ocasión, no se hartará de sangre; y si te sobreviene algún mal, hallarás que él es su primer origen" (*Ecle.* 12, 15-16 y 17).

Este imperativo actual de estar en guardia, de aprestarnos a una lucha diferente y sustancial como ninguna, encuentra su expresión más elevada en el llamamiento del Santo Padre, y a mérito del mismo, las naciones hispanoamericanas, por primera vez después de su época fundacional, vuelven a ser convocadas en unión y concordia para la realización de una obra común a lo largo de todo el continente.

Son pocos, son contados los acontecimientos que como éste tienen la capacidad de reclamarle a América la identificación con su origen y su destino común. Las equivocaciones que podamos cometer, la negligencia en el desempeño de nuestra misión no podrán ser corregidas sino después de largo tiempo, y por eso no tendrá justificación que desaprovechemos una oportunidad eminente, para lamentarla después que haya pasado.

Señores: Ignorar este llamado del Santo Padre que hace a nuestro futuro inmediato y al de nuestros hijos, es casi un suicidio colectivo.

Establecido lo anterior, se ve facilitado el examen de las agresiones, no militares ni ideológicas, que amenazan a la defensa, esto es, el segundo de los temas que me propuse tratar.

Pareciera innecesario decir que no sólo las guerras destruyen a las naciones, ni sólo las guerras civiles las dividen; y puesto que sobre tal postulado se tiene un convencimiento cierto, reconózcanse también las consecuencias que de ello se siguen, es decir, que las mismas calamidades son provocadas a su turno por los vicios, las costumbres, las sectas, la degradación moral y material.

Nadie puede con sensatez considerar en paz a una nación porque no sufra ataques armados del exterior, ni levantamientos ni desórdenes internos, porque los vicios y pecados la destruyen, dividen y derrumban; las costumbres frívolas la precipitan en la decadencia; y en fin, las sectas

de este tiempo, -derivación patética del descreimiento y el ateísmo-, no sólo la aniquilan, sino que además la condenan.

En la ofensiva que se lleva contra la sociedad cristiana, no hieren menos las seducciones sutiles de la propaganda que el armamento de los agresores, porque de estos últimos es oficio prevenirse pero a aquellas otras se les rinde a veces el espíritu que no está adoctrinado.

La verdadera defensa de una nación debe estar asentada en la honestidad de sus ciudadanos, y en la conservación de la fe y la cultura que constituyen su identidad.

Las Sagradas Escrituras enseñan que Holofernes, cuando se disponía a combatir al pueblo de Israel, fue aconsejado para que antes se informara "si ellos son reos de algún delito delante de su Dios. De ser así marcharemos contra ellos, porque indudablemente su Dios los entregará en tus manos y quedarán sujetos al yugo de tu poder. Pero si este pueblo no ha ofendido a Dios, no podremos resistirle..."

Ojalá que estos preceptos prevalezcan siempre en las juntas de guerra y no la resolución de los Holofernes que, fiados sólo en el filo de la espada con que esperan degollar, pagan luego su impiedad con las propias cabezas.

Toda defensa para ser sólida, debe recurrir entonces a la milicia de Cristo, la cual hace la guerra con la paz; ella trae esta paz belicosa de la salvación, capaz de las mayores hazañas, que anuncia el Reino de Dios y hace guerra al mundo, a la muerte, al pecado, enemigos tan poderosos ante los cuales ningún otro ejército dejó de ser vencido.

Hispanoamérica fue fundada al impulso de esa misión evangelizadora, hasta el extremo de que su cultura toda está de tal modo inserta en el espíritu religioso, que una y otro no pueden ser diferenciados (pese a los esfuerzos que muchos realizaron y realizan). Me refiero, claro está, a la cultura auténtica que nos constituye, la que se conserva en el seno de los pueblos, la que unió en fecundo mestizaje a la España del siglo de oro y a las variadas vertientes indígenas, y que se ha propagado a las posteriores inmigraciones. Se trata, en fin, de la armonía entre fe y cultura, o si ustedes prefieren otra formulación, digamos que el tiempo actual nos demanda renovar el propósito de nuestro origen: la evangelización de la cultura y la inculturación del Evangelio.

Por todas estas razones, la defensa de las patrias americanas ha de preservarse de la imitación del extranjero, de las modas que intentan sucesivamente imponernos sus hegemonías; para ello nuestros erarios cuentan con la riqueza cultural que hemos heredado de un imperio cristiano en cuyos dominios, igual que en los de Roma antes, nunca se ponía el sol.

Nuestros ánimos se verán robustecidos con la sincera y eficaz conmemoración del V Centenario, pues el mismo no ha de limitarse a los estudios históricos, sino que mediante ese retorno a las fuentes, significará un avance de nuestra sociedad actual que tenga por objeto consolidar su futuro, reencontrarse con su identidad cultural, y restablecer de modo inmovible su sentido de pertenencia.

Llego de este modo, al tercero y último de los temas que me proponía considerar, esto es, el que concierne a la fe y virtudes que deben distinguir al soldado cristiano.

Cabe, en este punto, formularse la antigua y autorizada pregunta sobre cuál es la causa de que no siendo la valentía la mayor virtud de todas, antes bien la justicia y la prudencia son mayores, sin embargo las Repúblicas y la mayor parte de los hombres honran más a los héroes militares.

A esto debe responderse que estando las naciones siempre expuestas al acometimiento de los enemigos, son los valientes los que le dan gloria y conservan los Estados. Es natural, entonces, que se dediquen honras a aquella virtud de la cual depende la existencia de todos, porque si no tratasen así a los valientes, ¿cómo sería posible hallar los gobernantes, capitanes y tropa que arriesgasen sus vidas?

Hay además otra respuesta mejor: y es que cuando se honra a los jefes militares por sus triunfos, no se premia solamente el valor, sino también la justicia con que sustentó al ejército en concordia, y la prudencia con que rigió sus acciones, porque la prudencia es más necesaria en la guerra que la osadía en acometer.

Pero no se detiene aquí la idea del soldado perfecto, porque si bien con esto sólo lo dejó adornado la antigüedad clásica greco-latina, el cristianismo lo fortaleció con la religión, pues aun la prudencia humana puede ser dañosa si no la acompañan el temor y la confianza de Dios.

Sólo el soldado que teme a Dios no teme a los hombres, y en esto se funda el valor de los verdaderamente valientes.

En esta disciplina estaban formados nuestros antepasados, los soldados de nuestra España fundadora y del pueblo fiel de Dios que fueron capaces de evangelizar y edificar a todo el continente americano, a pesar de que su número, sus recursos, las fuerzas de que disponían eran desproporcionadamente inferiores a los magnos resultados que alcanzaron.

Permítame en este punto hacer una digresión, trayendo el texto de quien fuera fundador de algunas de las Reducciones Jesuitas, el Rvdo. Padre Antonio Sepp, misionero en la Argentina desde 1691 a 1733:

"Cuando los invasores, hace años, nos causaron daño, fue nuestro deber frente a nuestros protegidos y delante de Dios

dejando aparte la legítima defensa propia a la que todos tienen derecho valernos de la fuerza para rechazar la fuerza. En otras palabras, teníamos que dar una educación militar a nuestros indios, entrenándoles como si fueran soldados europeos, conscientes del hecho de que la pobre red de pescar de San Pedro no era incompatible con la espada bien afilada.

"Dos veces expulsaron nuestros indios a los invasores de su fortaleza llamada San Gabriel y ubicada en la otra orilla del Río de la Plata, cerca de Buenos Aires; y esto a pesar de que el lugar está bien fortificado y es fácil de defender contra ataques por mar o por tierra. Nos bombardearon día y noche con artillería ligera y gruesa, tiraron granadas, dispararon morteros, catapultas y piezas gruesas y no se olvidaron de los aros embreados; sin embargo, tomamos la fortaleza finalmente por asalto y la desmantelamos completamente.

"¡No hay soldados como los nuestros! Su Santidad el Papa no vaciló en elogiarlos diciendo estas palabras inolvidables: *"Verdaderamente estos indios son auténticos hijos de la Compañía de Jesús. La Compañía es la genuina hija de la Iglesia militante."*

Aquí termino la cita del Padre Antonio Sepp, aunque continúo tomando enseñanza de su narración, porque proezas como las que él relata se multiplicaron en el continente asumiendo formas muy variadas según fueran obra de sacerdotes, capitanes, gobernantes y por cierto también, como hemos visto, *"Del pueblo fiel de Dios"*, pero teniendo tales obras como rasgo común la magnificencia de la empresa que contribuyeron a realizar.

Esto último no debe equivocarnos, creyendo que esos hombres fueron de condición superior a los de nuestro tiempo.

No. No produjeron los siglos pasados más valientes que los que nacen hoy; pero entonces se mostraron con tal heroísmo y capacidad porque para vencer estaban ejercitados en la fe y la prudencia, no sólo en el valor y las armas.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan (*Exodo, 17*) que Moisés observaba desde la cima del monte la batalla que libraba el pueblo de Dios contra los amalecitas, y "mientras Moisés tenía alzada la mano, prevalecía Israel, y cuando bajaba su mano, prevalecía...el enemigo."

Esto significa que quien debe dar batalla vence tanto cuanto ora a Dios; que los brazos levantados al cielo hieren tanto como las espadas; que la victoria va unida a la oración.

Señores:

Todo lo que hasta aquí llevo dicho, aspira a ser el aporte de una Universidad Católica al V Centenario, entendido éste como señal para una sincera y valiente revisión de vida que se inspira en la doctrina redentora de Cristo.

La Universidad del Salvador, a través de sus actividades conmemorativas de aquella gesta, ha querido responder con obediencia y devoción al mandato de S.S. el Papa Juan Pablo II.

Nos aprestamos, pues, en cumplimiento de esa misión a hacer frente a los enemigos de nuestro tiempo, y a hacerlo mediante una acción principal y directa, ya que ellos sólo pudieron alcanzar predominio por maniobras simuladas, tras las que ocultaron su verdadero carácter.

Si no actuáramos de ese modo con el enemigo, nuestra negligencia le dará lo que no le dieron sus espadas.

He hablado del encubrimiento con que operaron los males de nuestras sociedades. Hoy, sin embargo, ¿quién negará las consecuencias nocivas que tenemos ante la vista? ¿cómo evitar la repulsa ante lacras y vicios con que se quiere contaminar a nuestras gentes?

¿Cómo, en fin, no conmoverse ante la miseria moral, de muchos?

¿Cómo no conmoverse ante la miseria material de nuestras gentes?

Los que provenimos de una epopeya capaz de haber dominado selvas, desiertos y cumbres, no para exterminar, sino para crecer y multiplicarse en un nuevo pueblo; capaz de haber levantado miles de ciudades en pocas décadas -tarea sin parangón en el urbanismo universal-, en fin, los americanos que aún en este siglo conservamos la admiración por los grandes emprendimientos que alumbraron nuestro origen, debemos emular a aquella época, hacernos señores de la nuestra, y acometer con valor el empeño de reconquistar la tierra que evangelizaron nuestros antepasados.

Que el convencimiento categórico que nos anima en este momento, sea tanto igual de valeroso en la ejecución, y que sea el primero en los peligros y fatigas de la brega que emprenderemos; porque lo que se manda, es escuchado, pero lo que se ve, se imita; y como en los hombres es más fácil el imitar que el obedecer, deberá mandarse más con las obras que con las órdenes.

América es nuestra morada, y no hay lugar donde huir de los males que hoy sufrimos, y en los que peligramos más amenazadoramente en el futuro.

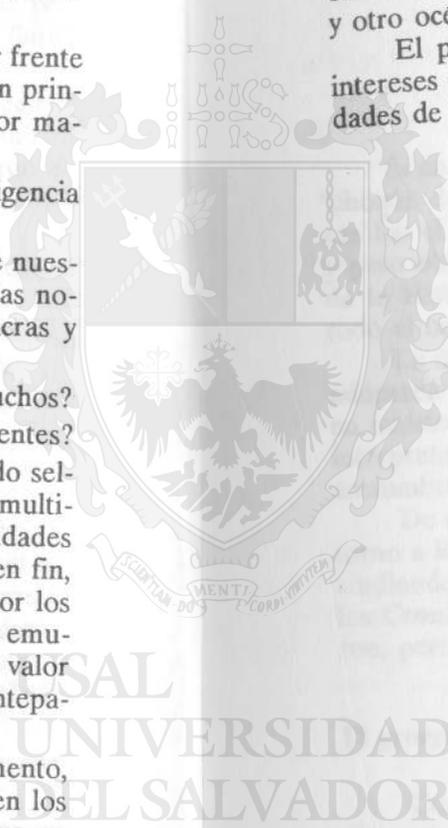
Si hasta ahora los intentos para remediar la situación en cada una de las naciones hispanoamericanas, han sido separados y a destiempo, abandonemos las campañas aisladas, hagamos propicia la conmemoración

del V Centenario y respondamos unidos al llamado de la más alta autoridad.

El triunfo de esa labor apostólica está pendiente del denuedo de todos y si desaprovechamos sus frutos sólo nos queda esperar el peor castigo, que es el de vivir vencidos y humillados.

Que nuestro obrar levante una plaza fortificada de la fe en toda la extensión del continente, ya que la naturaleza le ha dado por fosos uno y otro océano.

El premio que se nos ofrece no es la magra recompensa de los intereses particulares, sino una nueva vida cristiana para las potencialidades de América.



UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR